

Jacques Le Rider

Los judíos vieneses en la Belle Époque

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2016

Título original:

Les Juifs viennois à la Belle Époque

© Editions Albin Michel, 2013

© de la traducción: Laura Claravall

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2016**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-944328-0-4

Depósito legal: B 28593-2015

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Introducción	9
Prólogo. Los judíos vieneses desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial	13
Primera parte. Las posiciones políticas y los discursos sociales	
1. Los felices años del liberalismo	41
2. Viena, la metrópoli de los judíos del Este	59
3. El antisemitismo, un nuevo código cultural	64
4. Joseph Samuel Bloch, un rabino comprometido con la lucha contra el antisemitismo	82
5. Los pioneros vieneses del sionismo contemporáneo	92
6. Los judíos vieneses y el movimiento socialista	127
Segunda parte. Grandes figuras de la modernidad vienesa	
7. Sigmund Freud: fidelidad al judaísmo desde la racionalidad científica.	139
8. Judío, austriaco, alemán: Arthur Schnitzler.	159
9. La Joven Viena literaria y la identidad judía. Hugo von Hofmannsthal, Richard Beer-Hofmann, Felix Salten	181
10. Las paradojas de Karl Kraus	210
11. Stefan Zweig, «buen europeo» y ciudadano del mundo	229
12. Gustav Mahler y Arnold Schönberg: música e identidad judía	257

Epílogo. De la Primera Guerra Mundial al <i>Anschluss</i> : hacia una «ciudad sin judíos»	284
<i>Notas</i>	303
<i>Bibliografía</i>	361
<i>Índice onomástico</i>	374

Introducción

Si Viena, en la época de Sigmund Freud y de Arthur Schnitzler, se convierte en una capital de la modernidad se debe en parte a que es una metrópoli de la Europa Central danubiana y a que los cambios demográficos del último cuarto del siglo XIX la han transformado en una «Jerusalén del exilio». En la época del imperio liberal, del que el Compromiso austrohúngaro de 1867 marca el inicio, se perfila un «paisaje cultural judío-vienés»,¹ a un tiempo cercano pero sensiblemente distinto del modelo judío alemán y del de otras grandes ciudades de la monarquía de los Habsburgo: desde Budapest, que compite con Viena, a las reproducciones en miniatura de Viena como Leopoldis/Lemberg/Lwów/Lviv en Galitzia y Chernivtsi/Czernowitz/Cernauti en Bucovina. Analizaremos la historia social y cultural de ese modelo judío-vienés, desde 1867 hasta 1914; un modelo que se altera durante los años de la Primera Guerra Mundial pero se recupera en los años 1920. Su disolución se anuncia a partir de 1933 y se desarrolla inexorablemente a partir del *Anschluss* (la anexión de Austria a la Alemania nazi) en marzo de 1938.

Haremos hincapié en la pluralidad de la población judía vienesa. La asimilación a la cultura alemana, en su variante austríaca, es el modelo imperante. La llegada masiva de inmigrantes judíos del Este (*Ostjuden*), a partir de los años 1880, provoca en el colectivo judío vienes un verdadero choque de culturas: los judíos vieneses de viejo cuño, perfectamente asimilados e integrados, descubren otra identidad cultural judía que les resulta desconocida, por no decir exótica. En esa misma época, entre los años 1880 y 1890, el antisemitismo se extiende a todos los ámbitos de la socie-

dad vienesa y se erige en un verdadero código cultural. La llegada de Karl Lueger a la alcaldía de Viena en 1897 convierte a la capital austrohúngara en la única gran ciudad europea gobernada por un partido antisemita. Este nuevo antisemitismo de masas hace tambalear las convicciones de muchos judíos vieneses asimilados y desencadena unos procesos de «crisis de identidad» de los que analizaremos algunos ejemplos.

Sin embargo, Zweig, en el primer capítulo de *El mundo de ayer*, habla del «genio de Viena» que ha consistido siempre, escribe, en «armonizar todos los contrastes étnicos y lingüísticos» y en favorecer «una síntesis de todas las culturas occidentales».

El rabino Joseph Samuel Bloch se compromete en la lucha social y en combatir el antisemitismo: inventa una nueva expresión cuando exhorta a sus conciudadanos judíos a declararse «austriacos de nacionalidad judía». Los fundadores del movimiento sionista, Nathan Birnbaum y Theodor Herzl, contraponen al modelo judío vienes en crisis el de la «desasimilación» y la recuperación de la tradición cultural judía, en el caso de Birnbaum, y, en el de Herzl, el de la creación de un Estado-nación judío en una «antigua tierra nueva». Otra vía elegida a menudo por los judíos vieneses de la generación de Víctor Adler (nacido en 1852) y de Otto Bauer (nacido en 1881) es el compromiso con el socialismo.

Dedicaremos la segunda parte del libro a algunas de las personalidades más fascinantes de la modernidad vienesa: Sigmund Freud, que no dudaba de su «identidad interior» judía y basaba en ella sus exigencias éticas y científicas, y su «doble» literario Arthur Schnitzler, que en diciembre de 1914 se define como «judío, austriaco, alemán». Los líderes de la Joven Viena: Hugo von Hofmannsthal, Richard Beer-Hofmann, Felix Salten. El brillante «anti-periodista» Karl Kraus, adversario implacable de la prensa de gran tirada, y el «genio maldito» Otto Weininger, que llevó hasta la autodestrucción el «auto-odio judío». Stefan Zweig, uno de los

INTRODUCCIÓN

creadores más interesantes del mito de Viena en la Belle Époque, donde «era más fácil que en ninguna otra parte ser europeo», que interpreta su identidad judía como una vocación por el cosmopolitismo. Finalmente, los dos genios contemporáneos de la música vienesa que encarnan dos opciones de la modernidad y dos maneras de afirmar la identidad judía en la tradición musical alemana, Gustav Mahler y Arnold Schönberg.

Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a Mireille Hadas-Lebel, que tuvo la idea de esta obra, quien me animó a llevarla a cabo y leyó y mejoró este manuscrito.

Prólogo

Los judíos vieneses desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial

El Edicto de tolerancia (*Toleranzpatent*) de 1781 rompe con el antijudaísmo que inspiraba la política habsbúrgica, tradicionalmente dispuesta a llegar a acuerdos con las élites judías de las finanzas y el comercio, los «judíos de la corte», pero contraria a la emancipación e integración de los judíos globalmente.¹ José II, desde la muerte de María Teresa en 1780, goza de pleno poder. Con su Edicto de tolerancia pretende modernizar la sociedad austríaca y reforzar el peso de la monarquía convirtiendo a los judíos en sujetos «útiles» y leales, particularmente en las provincias orientales recientemente adquiridas (Galitzia² entra a formar parte de las posesiones austríacas a raíz de las particiones de Polonia, de 1772 a 1795). El Edicto de tolerancia, que entra en vigor en 1782, permite que los judíos accedan a las escuelas y universidades públicas y a los oficios que les estaban vedados, y suprime el impuesto especial a los judíos. A partir de 1787 también consiguen acceder a la carrera militar.

La reforma de 1782 pretende asimismo reducir la autonomía de la «subcultura» judía en los territorios austríacos. Las comunidades judías tradicionales interpretan esta reforma como una amenaza; en efecto, a partir de ese momento la integración de los judíos de las clases medias y superiores llegará a través de la asimilación, durante mucho tiempo asociada a la germanización, es decir a la

asimilación a la lengua y a la cultura alemanas.³ Esta integración hace que disminuya el uso del yiddish y que desaparezcan las peculiaridades más visibles en la vida cotidiana, salvo en las franjas orientales de la monarquía y en los barrios vieneses donde se agrupan los inmigrantes judíos de Galitzia, de Bucovina y de otros territorios del este de Europa.

Desde finales del siglo XVIII hasta 1848, la situación de los judíos vieneses conocerá un largo período de estancamiento. Las familias judías establecidas desde hace mucho tiempo en Viena están bien integradas, asimiladas a la cultura burguesa alemana, a veces incluso a la aristocracia, como en el caso de los banqueros, los industriales y comerciantes a los que el emperador ha otorgado algún título de nobleza (Rothschild, Arnstein, Eskeles, Herz, Neuwall, Wertheimstein, Honigsberg, Lämél, Liebenberg).

El gobierno austríaco intenta limitar el flujo migratorio judío a Viena y no aumentar el número de familias judías «toleradas» (135 en 1820), pero esta política restrictiva no impedirá el aumento (no declarado) de la población judía vienesa. A las puertas de los movimientos revolucionarios de 1848, la distancia que separa la realidad demográfica, económica y cultural de la normativa en vigor es considerable. Algunas familias desempeñan un papel protagonista en la vida económica (Lazar Auspitz, Michael Biedermann, Simon Lämél en la industria textil; Salomon Mayer Rothschild y las familias Arnstein, Eskeles, Königswarter en el sector bancario) y en la vida cultural (el auge de la prensa y la difusión del libro permiten a numerosos autores y periodistas judíos desarrollar una carrera brillante; podríamos mencionar a Ludwig August Frankl, Leopold Kompert, Moritz Saphir, Ignaz Kuranda, Moritz Hartmann o Hermann Jellinek, víctima de la represión de 1848). Al igual que en Alemania y en todas las sociedades europeas, en Viena, los judíos son uno de los motores de la modernización económica y cultural. Y lo son en Viena incluso más que en

otras regiones de cultura alemana, en la medida en que el tipo de ser humano educado en la ética protestante, que Max Weber considera indisociable del espíritu del capitalismo,⁴ es marginal en el sistema cultural austríaco; lo cual, en Viena, avivará el conflicto entre el tipo de judío capitalista y la tradición anticapitalista del catolicismo social.

En Austria, la reglamentación retrasa más que en otros lugares la emancipación completa de los judíos y la conquista de la igualdad de derechos. En Viena, los intelectuales judíos desempeñan un papel principal en el movimiento de 1848. Muchos de ellos serán víctimas de la represión y no tendrán otra salida que el exilio. Durante los acontecimientos de 1848, la alianza entre los judíos y el liberalismo alemán queda sellada: Adolf Fischhof, un eminente representante del movimiento de 1848 en Viena, simboliza esta alianza. Fischhof, estudiante de medicina en la época de los acontecimientos revolucionarios de 1848, será hasta sus últimos días una de las personalidades más respetadas del partido liberal. Sus ideas sobre la liberalización del sistema habsbúrgico para integrar a las nacionalidades de la Europa Central danubiana son particularmente interesantes: Fischhof consideraba que era posible llevar a cabo el ideal de la Europa de los pueblos en el ámbito de una monarquía habsbúrgica profundamente reformada.

En lo sucesivo, en Viena se considerará que la conquista de la igualdad de derechos para los judíos es indisociable del programa de liberalización de la sociedad en su conjunto y de un ideal neohumanista de *Bildung* y de *Kultur* que halla sus referentes en los clásicos de la lengua alemana: Lessing, Goethe, Schiller, Humboldt. Pero este ideal universalista que se alimenta de referencias alemanas choca, en la segunda mitad del siglo XIX, con algunos obstáculos considerables: durante un largo período, las élites judías de la monarquía de los Habsburgo desconectan de las distintas nacionalidades, por ejemplo de los checos en Bohemia (hasta que un buen

número de judíos de Bohemia optan por asimilarse a la identidad cultural y a la nacionalidad checas).

En Viena, este ideal político liberal queda relegado, a partir de los años 1880, por las nuevas tendencias nacionalistas y antisemitas: por el nacionalismo alemán del pangermanista* Schönerer, por el movimiento social cristiano del populista Lueger, que consigue su primera victoria en Viena en 1895 y a quien el emperador Francisco José I, a regañadientes, nombrará burgomaestre en abril de 1897. El liberalismo no se impondrá en Viena hasta los años 1860, cuando la monarquía de los Habsburgo, debilitada por los reveses sufridos en la guerra de Italia, debe aceptar realizar algunas reformas, y en los años 1870 cuando, después de la guerra Austro-Prusiana y la derrota de Königgrätz/Sadowa, en 1866, antes incluso de la proclamación del Reich alemán en 1871, el emperador se ve obligado a firmar el Compromiso austrohúngaro de 1867 y liberalizar así el sistema político en vigor en la zona austríaca de la monarquía.

El *crack* bursátil de 1873 y la consiguiente crisis económica debilitan las posiciones políticas de los liberales, que pierden paulatinamente el apoyo de gran parte de las clases medias y son percibidos como los defensores del «capitalismo salvaje». La llegada a la jefatura del Gobierno del conde Taaffe en 1879 marca el final del período liberal y el regreso a una política conservadora. En el ayuntamiento de Viena, los liberales conservan el poder gracias a un sistema de escrutinio que disminuye considerablemente el censo electoral. Su declive empezará tras la reforma de 1885, que reduce de diez a cinco florines el impuesto mínimo necesario para ser votante (incluso después de esta reforma, el número de votantes vieneses está por debajo de los 50.000). El éxito del nuevo Partido

* El adjetivo «pangermanista» designa en este caso la corriente de ideas que desemboca en 1891 en la creación de la Liga pangermanista (Allgemeiner deutscher Verband, que en 1894 se convertirá en la Alldeutscher Verband).

Socialcristiano de Karl Lueger marcará el final de la hegemonía liberal en Viena.

El período en que los liberales dominan la vida política austríaca, a partir de los años 1860, es también la época dorada de la integración de los judíos en la sociedad y la cultura vienesas. Los intelectuales liberales judíos reformulan la identidad judía moderna actualizando la idea de *Bildung* definida por Moses Mendelssohn en la época de la Ilustración. En ese contexto en que se confía en lograr una síntesis cultural judío-alemana, el gran rabino Adolf Jellinek, en los años 1860, interpreta la tradición judía como antidogmática y universalista, racionalista y cosmopolita. Jellinek llega incluso a declarar: «Los judíos son alemanes en Austria, en Bohemia, en Hungría, en Galitzia, en Moravia, en Silesia. En las provincias donde las nacionalidades están mezcladas, representan a la lengua, la cultura, la *Bildung* y la ciencia alemanas». Sin duda este punto de vista está muy alejado del de los judíos del Este, pero también del de los judíos de cultura alemana, que se sienten más próximos de la *Wissenschaft des Judentums*; esta, en ese contexto, aparece como una tendencia neo-ortodoxa. Es evidente que Jellinek se mostrará contrario al sionismo, ya que él defiende simultáneamente la integración en la cultura alemana y la fidelidad a la religión generalmente denominada «mosaica», por ejemplo por la administración austríaca. Para Jellinek, «los judíos no deben diferenciarse del resto de habitantes del país por su lengua, su forma de vestir, sus costumbres o por la relación con sus conciudadanos no judíos».

Las últimas limitaciones a la libre circulación y residencia de los judíos en el territorio austríaco se suprimen en 1859-1860. La nueva Ley fundamental de los derechos generales de los ciudadanos (*Staatsgrundgesetz über die allgemeinen Rechte der Staatsbürger*) del 21 de diciembre de 1867 concede a los judíos la plena igualdad de derechos. El artículo 14 de esta ley afirma: «El ejercicio de

los derechos civiles y políticos es independiente de la confesión religiosa». Ese mismo año, la confesión judía adquiere el mismo reconocimiento que las demás confesiones, lo cual significa un profundo cambio en una sociedad que hasta entonces se regía por el Concordato de 1855.

A partir de los años 1880 habrá dos factores que influirán en el proceso de asimilación e integración de los judíos vieneses. En primer lugar, el recrudecimiento del antisemitismo que se había manifestado en 1848 como reacción a las reformas que favorecían la completa emancipación de los judíos y que, en las dos últimas décadas del siglo XIX, se extiende al discurso social y se convierte en un elemento central de la vida política vienesa. En segundo lugar, el considerable incremento de la población judía de Viena, que aumenta más rápidamente que la población global de la capital austrohúngara. Esta evolución demográfica proporciona argumentos a los antisemitas, pero también provoca una «crisis de identidad» en los judíos vieneses asimilados e integrados desde hace tiempo; los recién llegados son mayoritariamente judíos del Este (*Ostjuden*) y su presencia obliga a los judíos vieneses ya arraigados a preguntarse sobre lo que comúnmente se denomina la «cuestión judía» y a reemprender un debate sobre la identidad judía contemporánea, sobre cómo afrontar el nuevo antisemitismo y sobre las perspectivas de la asimilación. La identidad de los judíos vieneses a las puertas de 1900 se tambalea: el ascenso de las tendencias antisemitas, los nuevos discursos de afirmación de la identidad judía y el movimiento sionista, el choque entre los judíos vieneses integrados y los judíos del Este, procedentes de Galitzia o de Bucovina, provocan un sentimiento de «crisis de identidad» entre los judíos asimilados. Arthur Schnitzler analiza algunas de estas «identidades en crisis» en su novela de 1908 *Der Weg ins Freie* (*En busca de horizontes*).